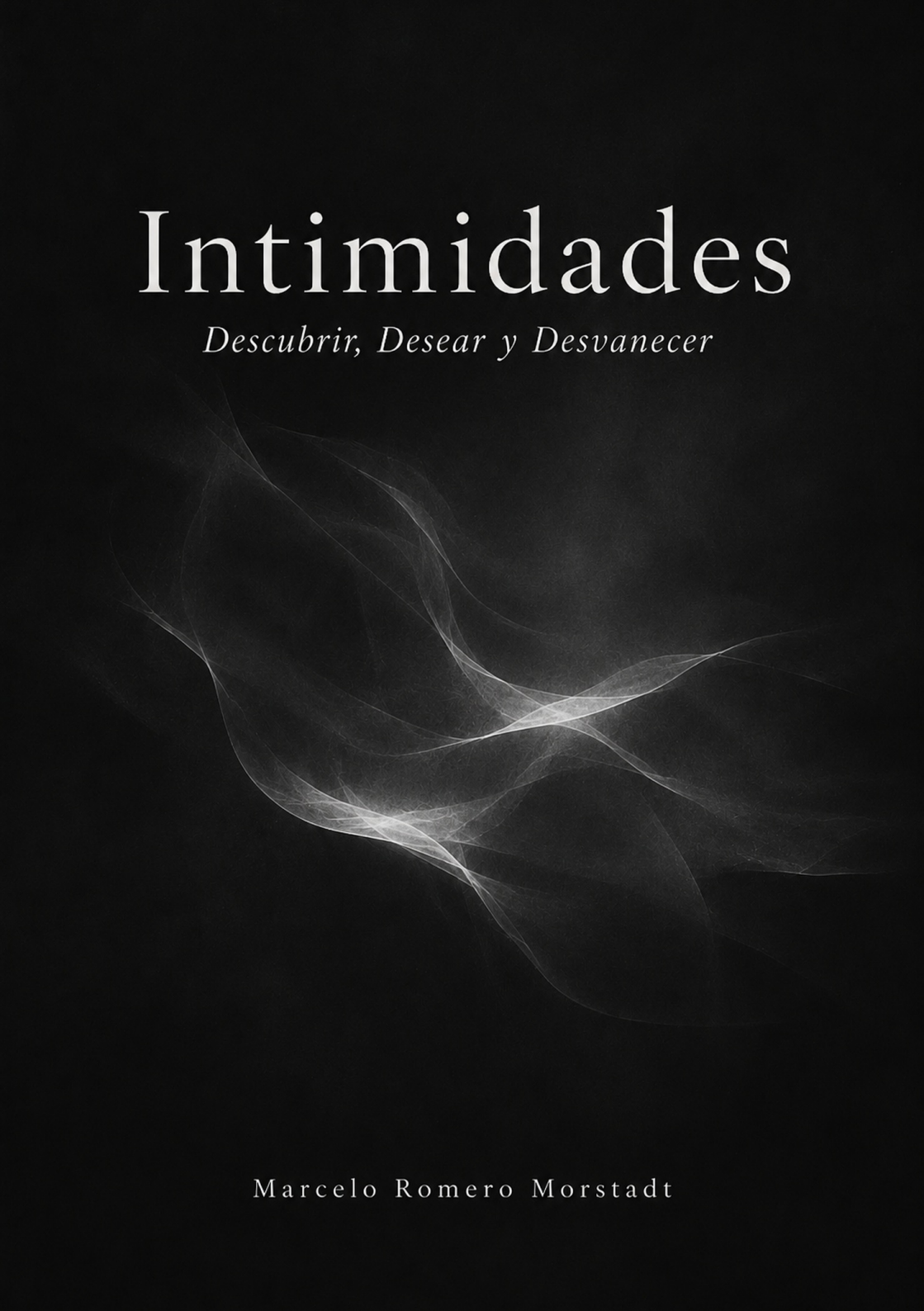
Intimidades

Descubrir, Desear y Desvanecer



Marcelo Romero Morstadt

El arte es ser,
no parecer.

Génesis

La intimidad no es un espacio único. Es una sucesión de capas que se superponen, se ocultan y, por momentos, se dejan entrever. Algunas las construimos para protegernos; otras, para ser reconocidos. Algunas ni siquiera sabemos que existen.

Intimidades nace de la inquietud por explorar aquello que habita entre lo que somos, lo que mostramos y lo que creemos reconocer en los demás. No busca revelar una verdad oculta, sino aproximarse a esas múltiples realidades que conviven dentro de nosotros, muchas veces contradictorias, otras veces irreconciliables.

Descubrir es aproximarse a lo invisible. Es reconocer que detrás de cada gesto, de cada apariencia y de cada forma de habitar el mundo existe algo que no alcanzamos a comprender del todo. Pero cada descubrimiento, lejos de despojarnos de una capa, parece añadir una nueva.

Desear es introducir una fuerza en aquello que hemos descubierto. Es proyectarnos sobre el otro, alterar lo observado y dejarnos alterar por ello. El deseo no solo revela nuestras intimidades: también las deforma, las amplifica y construye otras nuevas.

Desvanecer es perder la certeza de aquello que creíamos haber descubierto. Es asistir a la disolución de los límites entre lo real y lo imaginado, entre lo propio y lo ajeno, entre la presencia y la ausencia.

Estas tres dimensiones no constituyen un recorrido lineal. Se superponen y permanecen unas dentro de otras. Descubrimos mientras deseamos, deseamos aquello que se desvanece y, en ocasiones, solo podemos descubrir algo cuando ha comenzado a desaparecer.

Cada texto de esta publicación añade una capa a esa experiencia. No pretende completar una imagen, sino hacerla progresivamente más compleja, más ambigua, más difícil de reconocer.

Tal vez la intimidad no consista en llegar al fondo de algo, sino en aceptar que, incluso después de atravesar todas sus capas, algo permanecerá invisible.

Intimidad

Mucha intimidad.
Demasiadas intimidades.
Variadas intimidades.
Múltiples intimidades.

Intimidades suaves y fuertes,
intimidades livianas y pesadas,
intimidades blancas y negras,
intimidades dulces y agrias,
intimidades profundas y superficiales,
intimidades duras y salvajes,
intimidades perversas y angélicas.

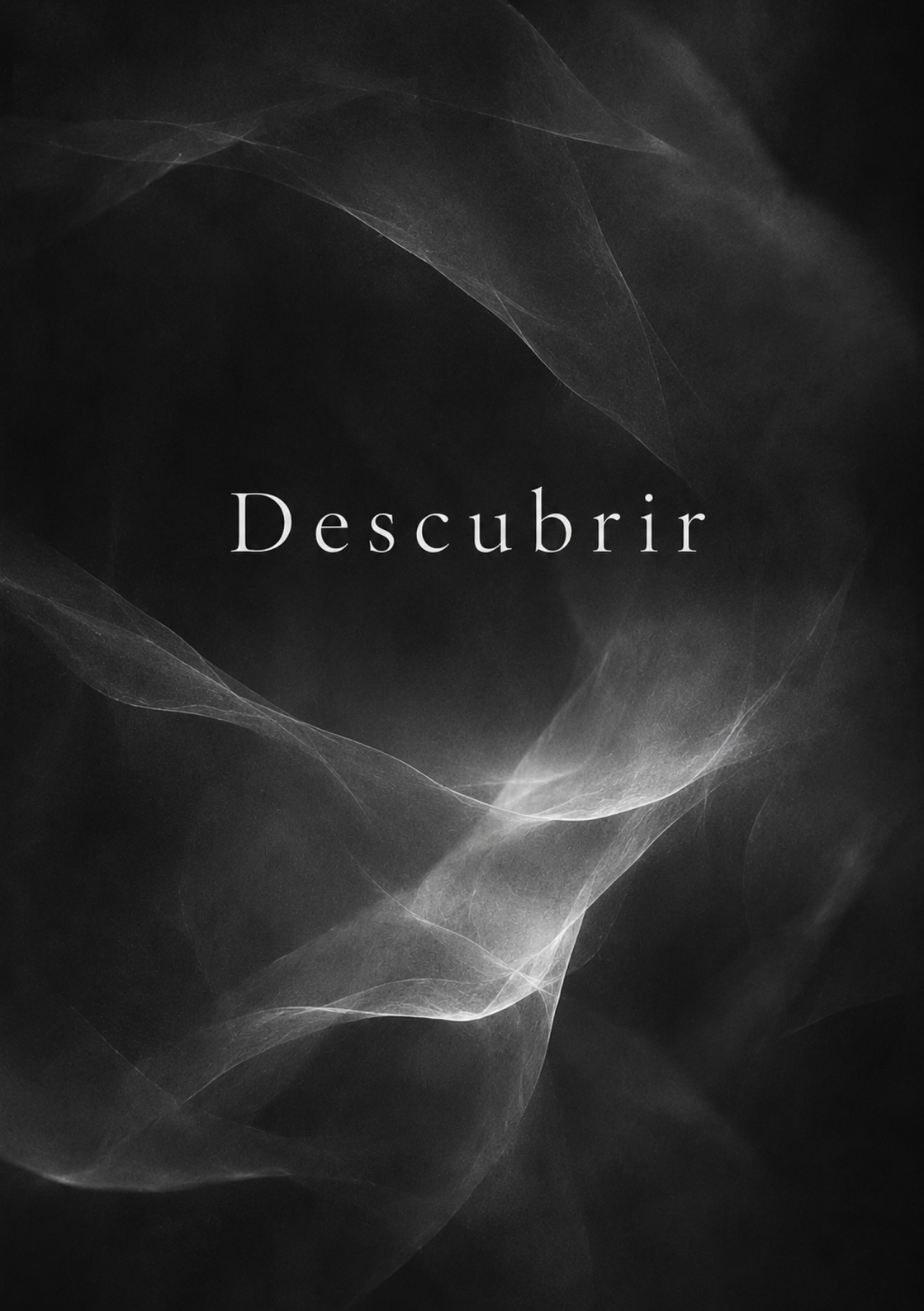
Intimidades sutiles
que subyacen,
que pululan.
Intimidades superfluas.
Intimidades arrogantes.
Intimidades retrógradas.
Intimidades aberrantes.

Intimidades que fascinan.
Intimidades que asustan.
Intimidades intimidantes,
que intimidan,
que arden,
que duelen,
que arden,
flagrantes.
Intimidades explosivas.

Intimidades que complacen.

Intimidades
que satisfacen.

Y al final,
tú y yo,
proyectando,
proyectando
intimidades.


Descubrir

Expulsado al nacer

“La higiene es la religión del fascismo.”

Paul McCarthy

La higiene, lo pulcro, lo sacro, lo sublime no es verdad.
Son proyecciones culturales de algo intangible, inasible.
Una idea que no es real.

Dentro de nosotros no somos perfectos, no somos pulcros.
Somos seres sucios que buscan la sanidad porque tenemos miedo a volvernos raros, inadaptados.
La limpieza no es un gusto, es una obsesión, una obligación, porque si no, seremos expulsados del cielo, como ya fuimos expulsados del cuerpo de nuestra madre.

Nosotros no somos lo que queremos ser.
Solo somos quienes somos en verdad, seres imperfectos en un mundo imperfecto,
mintiéndonos para poder estar, dar sentido a otros y no a nosotros mismos.

Nuestros cuerpos solo son la proyección de cómo queremos que otros nos perciban, nos encajen, nos categoricen, nos etiqueten y hagan con nosotros actos atroces, limpios como cirujanos. Y nosotros nos dejamos cortar mil veces con la esperanza de ser aceptados.

El cuerpo y la alteración del cuerpo es simplemente un recordatorio de que no queremos ser lo que somos, y proyectamos en él la fascinación de la pulcritud, escondiendo olores, sabores, imperfecciones, con artefactos modernos que nos homogeneizan.

El trauma es aquella cosa que marcó en ti un recuerdo infinito de algo impuro, brutal, deshonesto, pero real, muy real, que después de muchos años todavía nos persigue.

No quisiera hacer mi cama. Me gustaría que fuera un lugar donde mil batallas dejan su marca, su olor, el relieve de aquella vez que imaginé que sentíamos dolor y pasión, carne y espíritu.

La libertad tiene que ver con la forma en que enfrentas tu vida, ya sea desde la imagen que otro impuso sobre ti o desde un desorden, desde una antiestética que simplemente es caos y perturbación.

El arte es ser, no parecer.

La bota

Voy a la pega, como cualquier martes. A esta hora nadie se mira a la cara, así que uno mira el suelo: mochilas, una bolsa con pan, zapatos. Faltan seis estaciones. Trato de acordarme si boté la basura y si dejé algo descongelando.

Entonces veo la bota.

Negra, con plataforma, tachas, cuero y una cabeza de dragón. El ruido del vagón se queda atrás y la bota se abre, como se abre una palabra cuando por fin la entiendes. Puedo leerla.

La escogiste para decir no te metas conmigo. Puedo patearte y dejarte. Un trámite administrativo, un límite puesto en el pie. Desde esa altura miras por sobre el otro, y el halo de rareza hace el resto: nadie se acerca a lo que no entiende.

Me pregunto qué te pasó. Qué cosa frágil tuvo que esconderse detrás de esa tremenda monstruosidad. Cuándo te vieron en menos. Quién te dijo cabra chica.

Te miro los pies y ya te explico la vida. Yo también vine calzado.

Levanto la vista y todo el vagón está escrito. Esa bota que a mí me dice aléjate, a la del pelo rapado, al fondo, le dice soy de los tuyos, y ella te hace un gesto con la cabeza. La barrera era también una contraseña.

Así funciona todo. El traje que abre la oficina, la camiseta que abre el estadio, la jerga, el bautizo, el carné del equipo. La tribu que nació para no parecerse a nadie y que a los seis meses ya sabe quién se viste mal. La secta, donde te cambian el nombre y la ropa, y tú das las gracias.

Nadie nos obligó a ponernos todo eso. Tampoco fuimos del todo libres de no ponérnoslo. Estábamos afuera, hacía frío, y alguien abrió una puerta con una condición escrita. Elegimos la imposición y después la defendimos como propia, porque a esas alturas ya lo era.

El hombre de al lado lleva un nombre en el antebrazo. La bota se deja en la puerta; el tatuaje duerme contigo. Un millón de agujas para guardar a alguien, y a veces para tapar una cicatriz con un dibujo que se deje mirar. Durante siglos, la piel marcada fue la del esclavo y la del preso. Ahora hacemos fila y pagamos.

Y veo más lejos. Veo al tirano, que resolvió el problema de una vez. Ya no pide entrar. Decide el uniforme de los demás, y para sí mismo elige unos lentes oscuros y los brazos cruzados, para que nadie pueda verle los ojos.

¿Y quien no lleva nada de esto? En la ventana, contra el negro del túnel, hay un hombre. Camisa clara, una talla más grande, por fuera del pantalón oscuro, nada que recordar. Entra al banco, a la oficina, pasa frente a la policía, y nadie levanta la vista. A nadie se le ocurre preguntarle qué le pasó.

Nadie nace malo. Ni tú con tu dragón, ni el de los lentes oscuros, ni el de la ventana. Hubo un niño que simplemente quería jugar. Tuvo que acercarse a los otros y preguntar: ¿puedo jugar con ustedes? Le dijeron que sí, pero que aquí se juega así. Y desde entonces pedimos entrar, aceptamos las reglas y escondemos, capa sobre capa, al que preguntó.

Por un momento lo entiendo todo. Algo tiene que quedar entre nosotros y el suelo, pero podría ser poco. Una sandalia que deje ver la piel. Una zapatilla de malla que deje pasar el aire y, con él, a los demás. No para correr, sino para sentir la comodidad de ser uno mismo.

Frenamos. El del antebrazo se me viene encima y vuelvo a sentir algo frío en la cintura. Nunca se entibia. Entra la luz del andén y se acaba. Van cinco estaciones. Las conté sin mirar. El vagón vuelve a ser gente cansada. No queda nada escrito en ninguna parte.

Solo tu bota, que sigue ahí.

Tanto cuero, tanta tacha. Una armadura es un mapa: señala lo que protege.

Te paras. Se abren las puertas y te vas, con tu dragón y tu no te metas conmigo.

No era contigo.

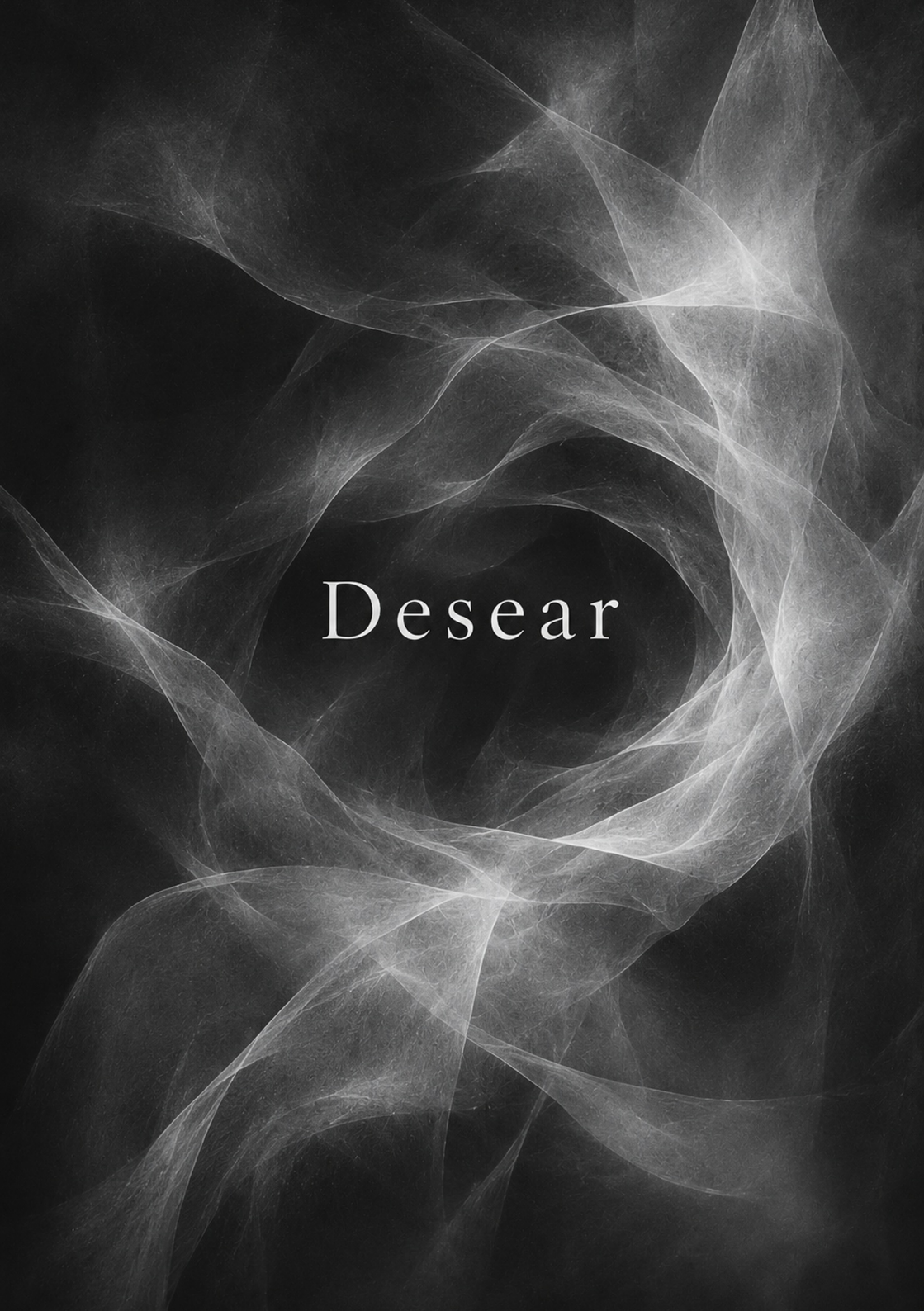
Bajo la vista y miro lo que llevo puesto. Zapatillas de malla: livianas, silenciosas, cómodas. No son para correr. Casi nunca hay que correr.

Nadie me ha mirado nunca.

Me queda una estación. Tengo una dirección y una hora. Un trámite administrativo, de esos que no se comentan. Si alguien pregunta, dirán que vieron a una persona más. Ni siquiera van a acordarse de la camisa. Por eso la escogí.

A las cuatro estoy de vuelta en la casa.

Ya me acordé. Dejé la carne descongelando.


Desear

Para ti

Eres mi tesoro,
lo más valioso.

Tenerte muy caliente,
muy caliente,
porque es lo mismo que siento por ti.

Calor.
Infinito.

Es estar muy cerca del sol.
No puedes apagarlo.
Solo sentirlo,
entregarte a él,
asumir que nada de lo que hagas podrá evitarlo.

Mi mano sigue en tu cuerpo
y esta vez te ruborizas.
Piensas que esto está mal,
pero te tengo firme contra mí.
Miras a un lado,
sin creer lo que te está pasando.

Solo siente mi calor.

Sientes mi sol sobre ti.
Quiere iluminarte, encandilarte, poseerte
todo el tiempo,
porque soy luz, soy calor
y no me puedes evitar.

Ahora mi mano cubre a la otra.
Las dos te toman,
te encierran en mí.
Y yo no puedo evitar lo que siento.
Busco tu mirada,
sabiendo que queremos lo mismo.

Tus manos juegan con mi ropa
y buscan, buscan, buscan
la forma de satisfacer,
de satisfacerte.
Y me tomas con fuerza,
invitándome a entrar.

Hazlo pensando que soy yo.

Yo soy tu mano,
la que quiere satisfacerte,
hacerte sentir mujer,
la que no cuestiona,
la que solo quiere satisfacerte.

Y me lo prohíbes al principio
porque piensas que está mal.
No te hago caso
y me recuesto en la tina contigo,
desnudo,
sediento de ti.

No entiendes lo que pasa.
Solo lo sientes.
Solo quieres que no me demore más,
que entre en la tina,
que entre en ti
desesperadamente.

En mí, en mí.
En ti.
Eso quieres.

Y yo te satisfago
porque no puedo negarte nada.
Lo sabes. Me usas
y lo colocas dentro de ti con ansias.
Quieres que me mueva rápido.

Yo te sigo el juego
y busco, busco dentro de ti
el último espacio de inocencia,
el último rincón
al que le cuesta llegar a la pasión.

No sabes qué hacer.
No sabes cómo sentirte.

Solo sientes mi peso,
mi calor,
mi voz en el agua caliente.

Ahora cierras los ojos
para sentir cómo entro en ti.
Rápido, rápido, rápido.

No hay nada que puedas hacer.
Estás indefensa,
sin herramientas,
solo sintiendo cómo una y otra vez
busco, busco, busco en ti
ese amor,
esa pasión que habías olvidado que existía.

Solos tú y yo en la tina,
tirando como si no hubiera mañana.

Me pides mi mano
para que te masturbe
mientras lo hacemos.

Te quedas inmóvil,
solo sintiendo,
sintiéndome en ti,
sintiéndome dentro de ti.

Es tanta nuestra pasión
que sabes que vamos a acabar
y nos miramos fijamente,
como si mirarnos pudiera evitarlo,
porque no queremos que esto termine.

Pero los dos estamos muy calientes,
calientes por el otro.
Nos miramos y decidimos
que es tiempo de terminar.

Pero juntos.
Juntos.

Tú me miras.
Yo te miro.
Y los dos entendemos.

Nos vamos juntos
en un mar de agua caliente.

Vaciamos la tina
y nos quedamos juntos, desnudos,
después de una batalla épica
por querer controlar lo incontrolable,
por dominar lo indomable.

Dos personas que se desean
y que, por sobre todo,
nunca van a dejar de buscarse
porque se encontraron
finalmente.

La Corriente

No es una masa. Una masa pesa y se queda.
Ella es corriente: tiene peso, pero también dirección.

No anuncia. No explica. No pide permiso.
Simplemente avanza, y su avance obliga a todos a bajar por ella.
Arrastra, arrasa, y nunca es la misma dos veces.

En la superficie puede parecer quieta.
Pero más abajo corre a otra velocidad, hacia otra parte.
Cada profundidad tiene su propio rumbo,
y quien la mira desde la orilla nunca ve entera su voluntad.

Te puede tomar sin aviso,
como una ola que te arranca del fondo y te lleva hacia ella.
No hay pregunta en ese gesto. Hay decisión.

Ella no te va a esperar.
Tomará lo que es suyo y llevará consigo todo lo que encuentre a su paso.
No le importa lo que pienses de su forma de moverse:
no actúa para ser entendida.
Eres tú quien debe entenderla.

Es una fuerza primordial.
Toma, conduce, lidera. A veces daña.
Y no espera nada de nadie.

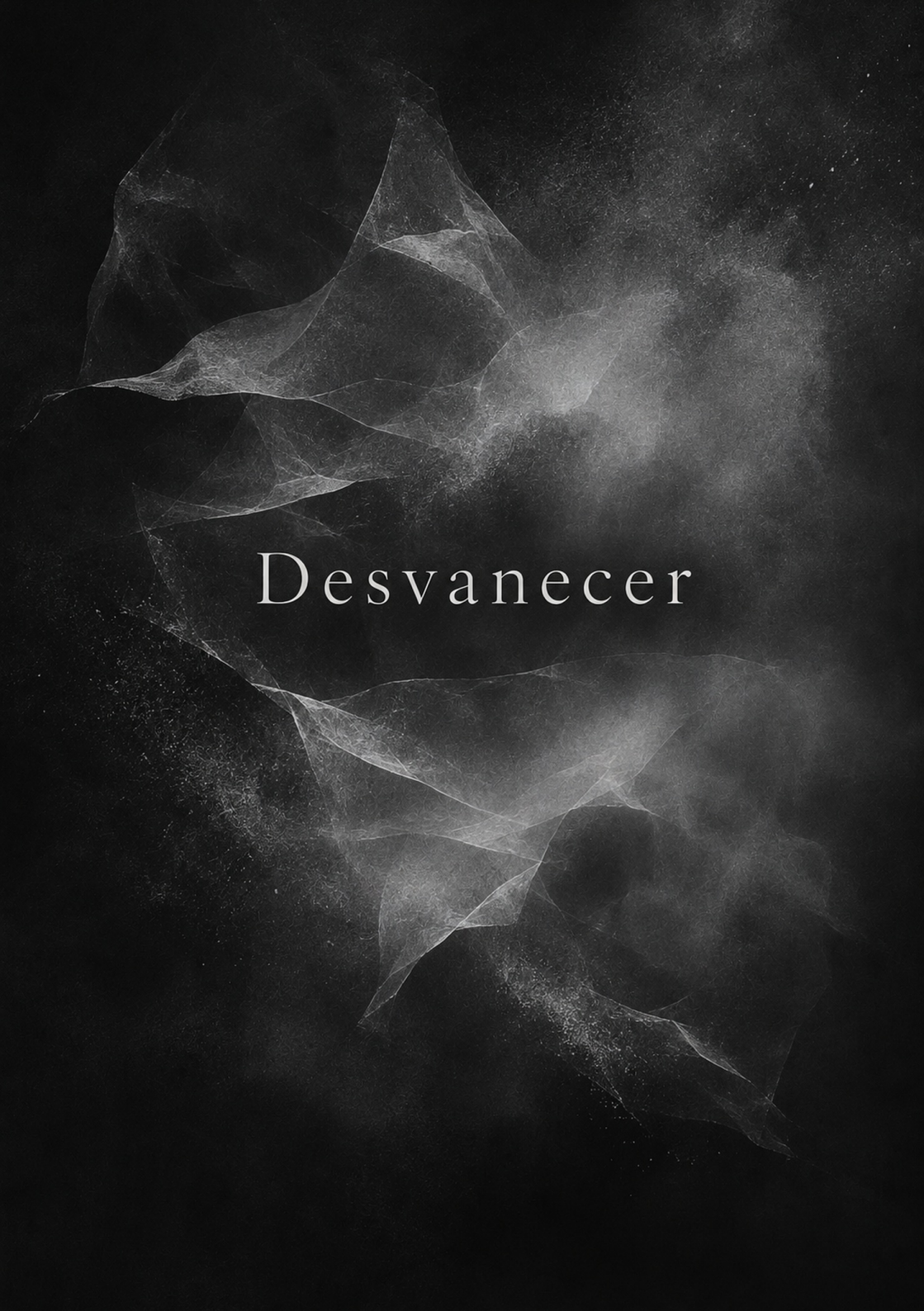
¿Cómo se maneja algo así?
No se maneja. Se lee.
Se aprende el idioma de sus giros, la temperatura de sus aguas,
el instante exacto en que cambia.

Porque ella también obedece a fuerzas más grandes que ella misma
—la luna, la pendiente, el deseo—
y siempre, siempre, encuentra su camino.

Ir en su contra es agotarse.
Es romperse contra la roca que uno mismo eligió ser.

Tal vez lo único que queda es soltar el cuerpo.
Dejar de nadar hacia atrás.
Moverse con ella, sentir su fuerza en la espalda,
su potencia bajo los brazos,
y descubrir que no te arrastra: te lleva.

Y así, a su lado, avanzar.
No para dominarla.
Para acompañarla.


Desvanecer

Ama

Amalia despertó en su cama rosada.

Eligió un vestido claro, cerrado hasta el cuello. Contó los botones: once. Volvió a contar: doce.

Se miró al espejo y sonrió.

Tierna. Femenina. Discreta.

Al salir del banco, un hombre le sostuvo la puerta. Anteojos amarillos. Una sonrisa que no terminaba de llegar.

—Esto es tuyo.

Un zapato de tacón. Uno solo. Gastado, con la correa rota. Todavía tibio.

—No es mío.

—Se te quedó anoche, Amelia.

—Amalia.

—Claro.

Cuando volvió a mirar, ya no estaba.

En casa, los vestidos del clóset colgaban en otro orden. Nadie más tenía llave.

Esa noche, el reloj dio la hora y el número no le cuadró.

Al fondo del clóset estaba el otro zapato.

Se los puso. Le quedaron.

En el espejo, alguien tardó un segundo en imitarla.

Nadie supo después describirla.

Habló fuerte. Rió fuerte. Dijo lo que de día callaba.

Vehemente. Orgullosa. Indómita.

Al amanecer, en una vitrina empañada, escribió su nombre. Lo miró un rato. Cambió una letra.

Levantó la vista. En su ventana, la luz rosada estaba encendida. Alguien, adentro, la apagó.

Bajo un farol, un destello amarillo.

—Amelia.

No lo corrigió.

Una vez más

Una vez más te veo y no recuerdo de dónde. Me acerco. No dices nada.

Pelo corto, abrigo verde. A ti no te gusta el verde. No sé cómo lo sé. Sonríes hacia donde estoy, como quien espera.

Dices algo, pero la calle se lo traga.

Otra vez. Buscas algo en tus bolsillos. Te ofrezco mi mano. No la tomas.

¿Por qué te veo siempre distinta?

Tengo la ropa húmeda.

Debo hacer algo nuevo. Llegar antes. Otra esquina. Que no cruces.

El frenazo. El vidrio. Después, agua.

Hoy llegué antes. Ya estabas ahí, sentada en la vereda. Como si llevaras años.

Estiro la mano hacia tu nuca, como cuando no podías dormir. No llego.

No fue tu culpa, dices, tarareando.

¿Quién está esperando a quién?

*

Una vez más te veo. Yo sí sé de dónde.

Tienes la ropa húmeda. Miras la calle, siempre la calle.

Me acerco. No dices nada.

Me abrocho tu abrigo. Nunca me gustó el verde.

Vestigio

Creí que descubrir era quitar capas.

Pero cada vez que algo se revelaba, aparecía otra forma de ocultamiento.

Deseé aquello que creía conocer y, al desearlo, lo transformé. Ya no sabía cuánto de aquello pertenecía al otro y cuánto había sido proyectado por mí.

Después, las formas comenzaron a confundirse.

No sé qué se desvaneció primero: lo que observaba o mi manera de observarlo.

Algo permanece.

No logro distinguirlo.

Tal vez sea otra intimidad.

Autoría y créditos

Los siete textos originales de esta publicación son de Marcelo Romero Morstadt.

Se utilizaron herramientas de inteligencia artificial para la creación de las imágenes y como apoyo en la redacción de Génesis y Vestigio, la edición literaria y la maquetación. La selección de los textos y las decisiones finales corresponden al autor.

Referencia artística: Paul McCarthy, entrevista de Benjamin Weissman, BOMB Magazine, n.º 84, 1 de julio de 2003. Cita traducida del inglés.

Santiago de Chile, 2026.

Hay intimidades
que no se muestran:
se guardan.

